

Totalitarismo y exilio en Tzvetan Todorov*

Sabina Loghin**

Es difícil encasillar a Tzvetan Todorov (Bulgaria, 1939-Francia, 2017) en una sola área: podría decirse que es tan crítico literario como historiador del pensamiento, y tan filósofo lingüista como pensador humanista. Desde sus estudios en Filología Eslava en la Universidad de Sofía, se dedicó a estudiar con ahínco la literatura de los formalistas rusos, así como cuestiones de la lingüística y la filosofía del lenguaje; la semiótica y la interpretación del discurso, camino que lo llevó a convertirse en uno de los pensadores más prominentes del estructuralismo contemporáneo. Aunque, más adelante, Todorov revelaría que la imposición del régimen soviético que experimentó durante su infancia y juventud en Bulgaria, jugó un papel clave en la decisión de preocuparse por temáticas que no representaran un compromiso ideológico arriesgado, tras emigrar a París en 1963 con una beca de estudios por un año, su escritura experimentó importantes cambios.

Con la influencia y apoyo de su entonces profesor, Roland Barthes, quien lo ayudó a conseguir la residencia permanente, y con un deseo nacido de su experiencia personal de realizar una interpretación crítica de las corrientes de pensamiento hegemónicas de Occidente, Todorov desarrolló una escritura reflexiva en las obras posteriores a su etapa de crítica literaria, obras tales como *La Conquista de América: el problema del otro* (1982), y *Nosotros y los otros* (1989), que se aproximaron más hacia la historiografía, la antropología y los estudios culturales, aunque sin abandonar la dimensión filosófica que siempre lo caracterizó, y en donde manifiesta su interés en el fenómeno de la alteridad: el Yo no puede ser descubierto verdaderamente si no se encuentra con el Otro, en donde se refleja y se reconoce.

La experiencia de ser un «exiliado circunstancial», que cruzó las fronteras de su país para residir en otro, le dejó sin duda una marca con esta enseñanza, y fue lo que lo llevó posteriormente a escribir *L'homme dépaycé* (1996), traducido al castellano como *El Hombre Desplazado* (2008), una suerte de cuadernos de viaje entremezclados con su nueva afición por la historia del pensamiento, en donde el autor búlgaro se dedica a analizar una plétora de temáticas desarrolladas a manera de ensayo, entre las cuales el eje central es la figura que caracteriza nuestros tiempos; la del sujeto desplazado, desarraigado, exiliado, el que pertenece a dos países y a ninguno a la vez, y también el extranjero en todos lados.

En una prosa que fluye sin discontinuidades, con un estilo armónicamente ligero que no por ello huye de la complejidad de las ideas, y en constante diálogo con otros autores tales como Jacques Derrida, Raymond Aron, Hannah Arendt, Edward Said y Fredric Jameson, por mencionar algunos, Todorov escribe este libro a manera de autobiografía intelectual dividida en tres partes, en donde, por un lado, manifiesta sus preocupaciones en torno a los sistemas totalitarios, a la utopía socialista y a la presencia de los campos de concentración en la Europa del Este durante la Guerra Fría, mientras que, por otro

* Todorov, T. (2008). *El hombre desplazado*. México: Taurus.

** Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

lado, expresa las cálidas impresiones que le dejan sus primeros encuentros con las democracias occidentales, aunque sin abandonar la mirada crítica hacia sus vacíos.

En la primera parte, titulada *Originario de Bulgaria*, suscitada a partir del reencuentro con su país natal después de muchos años de estar lejos del mismo, Todorov describe sus reflexiones personales sobre la cotidianeidad experimentada en la Europa del Este soviética, elaborando una tipología de los totalitarismos en la cual subsume sus rasgos constitutivos y la inevitable catástrofe que da como consecuencia el terror psicológico implementado a través de tácticas de vigilancia, delación y castigo, así como las estrategias desarrolladas por los ciudadanos para reapropiarse de su tiempo individual en un régimen que tiende a, como diría Norman Manea (2006), «estatalizar el tiempo»¹, anularlo como propiedad privada, parcelarlo en actividades públicas que van desde el trabajo, el transporte público, las largas colas por un litro de leche o un poco de pan, hasta la presencia obligada en festivales culturales y discursos públicos de los líderes políticos.

Entre una de tantas estrategias sociales, el autor destaca el «desdoblamiento de los discursos»: todo individuo practicaba, en el régimen, un discurso público; aquel difundido en los medios de comunicación, empleado en el ambiente laboral, en la calle o en el transporte masivo; y un discurso privado, en la intimidad de su hogar, en el entorno familiar o con los amigos más cercanos. Todorov hace énfasis en revelar que la realidad inmediata del comunismo soviético distó mucho del ideal socialista que algunos intelectuales defendían desde sus cómodas posiciones, alejados de la experiencia vivencial de las clases más afectadas por las «ideocracias» -término que el autor le otorga a los totalitarismos- pues, inmersos en complejas elucubraciones mentales, se olvidaban de que las palabras inevitablemente llevaban a las cosas.

Para Todorov, el intelectual de la Europa del Este tenían tres caminos: el primero era convertirse en empleado del Estado, lo cual lo llevaría a gozar de privilegios sociales y materiales a cambio del grandísimo costo de la anulación de la libertad de expresión; el segundo, ser disidente, en cuyo caso su compromiso estaría con la sociedad y en contra de las acciones coercitivas del Estado totalitario, a tal grado de poner su propia existencia en riesgo; y el tercero, dedicarse de forma absoluta a la creación estética, despreocupándose de sus alrededores, sin comprometerse con ninguna ideología. Este «triángulo» se opone, como tal, a la libertad ofrecida por las democracias occidentales, pues a pesar de la influencia que las leyes del mercado le dictan a la creación, el intelectual puede ejercer abiertamente una actitud crítica con respecto a las políticas de su país, o, por el contrario, desapegarse de los valores morales para expresar las pasiones reprimidas de la condición humana. Sin embargo, no hay que obviar que este desapego es superfluo, pues el compromiso del intelectual con la sociedad se mantiene en tanto que, dice Todorov, «se reconoce que ciertos valores, aun si son transmitidos por obras de arte, pueden, en ciertas circunstancias, favorecer el mal» (Todorov, 2008, p. 189).

A pesar de dialogar con varios autores sobre el papel del intelectual, desde George Orwell hasta Simone Weil, deja claro con esta afirmación su postura ante el debate: tanto en los totalitarismos como en las democracias, los escritores tienen un compromiso con la sociedad, pues se convierten en intelectuales sólo en la medida en que «aspiran a poder dirigirse a sus conciudadanos, no sólo a dejarse admirar por ellos. Lo que significa que el derecho a la libertad ha de ser equilibrado por un deber de responsabilidad» (Todorov, 2008, pp. 186, 187). Es por ello que al dirigir su mirada hacia los intelectuales de Francia y Estados Unidos, lo hace cuestionándose por qué éstos no se mostraron empáti-

cos ante los crímenes cometidos por el comunismo, y más aún, demostraron su apoyo a los líderes soviéticos, ignorancia solamente disculpable, a su parecer, en el periodo previo al llamamiento de David Rousset, pues posterior a él, escoger ocultar la verdad ya no era una decisión inocente.

De la misma forma, y gracias a la distancia que mantiene con Estados Unidos por su posición de «visitante», critica la desarticulación de los intelectuales estadounidenses de su sociedad, y describe su congregación en los campus universitarios como similares a las de los monjes en los monasterios, aislados de lo que acontece en el mundo exterior y ensimismados en los problemas internos de las academias y la obtención de títulos, una forma de exoneración de las responsabilidades aparentes para con la sociedad. Esta exoneración, sin embargo, no es única de los intelectuales, es un mal de la sociedad americana en general, mejor conocido como victimización. Páginas atrás, en la introducción, Todorov habla de los encantos ocultos de las ideocracias: «la sociedad comunista priva al individuo de sus responsabilidades: siempre son “ellos” los que deciden. (...) La atracción por el sistema totalitario, sentida inconscientemente por numerosos individuos, proviene de un cierto miedo a la libertad y a la responsabilidad» (Todorov, 2008, p. 43). Pues bien, vuelve a referirse al mismo miedo, que en la democracia estadounidense es convertido en victimización por parte de sus individuos con el fin de carecer de responsabilidades, atribuyéndole así la causa de su desdicha al entorno, a la sociedad, al pasado o al sistema político, renunciando así por la autonomía que, irónicamente, los habitantes del Este tanto habían luchado.

En conclusión, esta obra de Todorov es tan bella como compleja, tal y como lo es la condición dual del hombre desplazado que el mismo autor encarnó. Por un lado, la sensación de desarraigo geográfico que lo acompaña a lo largo de su autobiografía, y por otro, la importancia que le concede a la memoria para hablar de tres lugares que han sido importantes para el desarrollo de su pensamiento, vida y obra, marcan los puntos más sensibles de su escritura. Mediante una crítica acertada de los procesos culturales que acontecen en cada país, crítica que no se apresura a las conclusiones, sino que se nutre de la exposición de distintos puntos de vista, a veces incluso opuestos, el autor entreteje una narrativa que se detiene en la reflexión sobre el quehacer del intelectual en relación a su comunidad, en la vivencia cotidiana como exiliado, desplazado y extranjero, y en una preocupación por preservar la memoria de los campos de concentración y la experiencia totalitaria, puesto que, es en el rechazo al olvido del mal, donde se encuentra la clave para evitar que los fragmentos de una historia terrible se repitan.

1 Manea, N. (2006). Payasos: El dictador y el artista. (Ensayo Tusquets, Ed.). Barcelona: Grupo Planeta.